

El Mercurio, Santiago 27-X-1974. P.7

# La Guerra a Muerte

"La guerra a muerte", reeditada recientemente (Ed. Francisco de Aguirre, 925 págs.), tiene un valor documental bastante exclusivo dentro de la bien nutrida historiografía chilena. Pese al transcurso de los años, el "libro de Benjamin" Vianna Mackenna permanece incolmado. La erudición no ha variado sus datos más que en detalles insignificantes.

El autor destacó la impresión que habían dejado en su espíritu, tan dado a la evocación esaltada, los días empleados en compilar las fuentes. "Este libro —constató— ha sido escrito con paz de su conciencia en medio de la virginal devoradora que en ojos encogidos ha estado pasando incessantemente delante de mis ojos". La fuerza de la imaginación lo había sencillo en las fachadas mismas. Lo había trasladado a las selvas aráucanas y puesto a observar de cerca los monstruosos aconchamientos.

No es tonto que lograra trazar un cuadro inconfundible, de tallado, siempre fiel a la verdad, profundamente conmovedor. Sólo Vianna Mackenna pudo acometer una empresa de tal índole.

Pero, en fin, ¿a qué respondió la guerra a muerte?

Fue el error, en lo inmediato, de un error. Después de Maipo los restos del ejército realista se refugiaron en Concepción y Talcahuano, dispuesto de buenas comunicaciones con Valdivia y Chiloé. Si la seguridad del reino los patriotas tardaron un año en dirigirse allí y consolidar la independencia. Este tiempo fue preciso para el levantamiento de la masa indígena contra las instigaciones de Santiago. La razón de fondo, sin embargo, residía en la lealtad del sur al monarca español, lo cual fue explotado ampliamente por los circuitos venezolanos, los capitales de indios y longanizas, estimulando la sed de sangre y pillaje andinado en el alma primitiva de Arauco. La revolución quedó allí demostrado, habida cuenta un asunto de aristócratas capitalinos, no del hombre común y corriente, ni del colonio ni del indio.

El fanatismo de Pisco en su acatamiento al Rey llevó al obispo Uzqueta a ordenar a los Monjes Trinitarios que hizieran abandono del claustro en Concepción, vadearan el Biobío y trataran por todos los medios de llegar a Valdivia, desde donde se las trajo a embarcar a Lima. Más de treinta mujeres, algunas ancianas, se internaron en las selvas, y, desesperadas, debieron recorrer durante cuatro años expuestas a los ataques

de la indiada, lejos de la civilización. Sólo en 1822 el coronel Piñeiro consiguió rescatarlas a su lugar de partida.

La guerra a muerte fue la respuesta del exilio Vicente Benavides a la matanza de oficiales españoles prisioneros en el poblado cuyano de San Luis, en febrero de 1819, ocasión en que asesinaron brutalmente los generales Ordóñez y Primo de Rivera. Benavides, por su parte, ordenó el feroz desmantelamiento de los vencidos en Tzapellínica. Días antes, eso sí, había engañado a Freire, invitándolo a un parlamentario y pasando por los artificios a quienes prisioneros.

Benavides era un azorrellador zangaluzo, hijo de carpintero, que estaba indignado contra los patriotas porque su mujer era la amante de un oficial chileno. Sin embargo, parece ser que el verdadero instigador de sus crímenes era Juan Manuel de Pico, secretario ministro de Hacienda que había sentido fama por su audacia y estricta absoluta de todo sentimiento humanitario. De hecho, la guerra a muerte concluyó sólo cuando se apresó a este canillido en 1824; Benavides había sido almirante en Santiago en 1822, al cargo de las escuadras más inveteradas.

El despliegue de energía humana durante estos cinco años y la enorme amplitud del campo de operaciones llevan a meditar sobre lo que habría ocurrido en Chile si la guerra a muerte se prolongó algunos años más. Desde luego, el mantenimiento de la tensión provocó graves dificultades entre Freire y Prieto, lo que pudo haberse transformado en divergencias fratricidas de incalculables consecuencias. La decisión de nuestro ejército, su valor, el patriótico desinterés de sus jefes, evitó que el sur de Chile hubiera terminado en varias provincias desligadas de Santiago, sin Chiloé, ni Magallanes ni la Antártida. El palistivo estuvo pronto a tiempo para abortarla a nuestro país la extensión desinteresada a que condujo, por ejemplo, la desastrosa Guerra de los Treinta Años, en pleno centro de Alemania. Entonces, como ahora, el cautorio resultó eficaz.

Al cabo la incipiente nacionalidad nació fortalecida, habiendo dado prueba la raza chilena de soportar y salir victoriosa de semejante trance mortal. En la frontera india, y en la guerra a muertos, se temió el fin de lo que luego estaría presente en Yanque, en Chorrillos y Miraflores, en Sangra, Concepción y Huamachuco, en Papudo y Casma, en Iquique, Punta Gruesa y Angamos.

## La Guerra a muerte. [artículo]

Libros y documentos

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

La Guerra a muerte. [artículo]

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)